

yugoslavia, la guerra y la paz en los nuevos países balcánicos

José Ángel Ruiz Jiménez




EDITORIAL
SÍNTESIS

YUGOSLAVIA, LA GUERRA
Y LA PAZ EN LOS NUEVOS
PAÍSES BALCÁNICOS

Temas de Historia Contemporánea

Coordinadora: PILAR TOBOSO



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

YUGOSLAVIA, LA GUERRA Y LA PAZ EN LOS NUEVOS PAÍSES BALCÁNICOS

José Ángel Ruiz Jiménez



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© José Ángel Ruiz Jiménez

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-242-0
Depósito Legal: M-30.783-2022

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

PREFACIO	9
INTRODUCCIÓN	21
1. LAS NACIONES SUDES LAVAS Y EL FRACASO DEL SUEÑO ILIRISTA	23
1.1. <i>Origen y sentido de la idea de Yugoslavia</i>	23
1.2. <i>El breve reino de Croacia y la azarosa consolidación del reino de Serbia</i>	26
1.3. <i>Yugoslavia en la Primera Guerra Mundial</i>	35
1.4. <i>El Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos</i>	39
1.5. <i>La Yugoslavia de Aleksandar I Karađorđević</i>	47
1.6. <i>La regencia de Pavle Karađorđević y las reformas de Stojadinović</i>	54
1.7. <i>El Sporazum y la creciente subordinación a Alemania</i>	60
2. YUGOSLAVIA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	67
2.1. <i>Derrota y desmembración de Yugoslavia</i>	67
2.2. <i>El Gobierno monárquico en el exilio y los četnici de Mihailović</i>	72
2.3. <i>La Serbia colaboracionista de Nedić</i>	75
2.4. <i>El Estado Independiente de Croacia</i>	79
2.5. <i>Los partisanos comunistas de Tito</i>	85
3. LA YUGOSLAVIA DE TITO	93
3.1. <i>El nuevo marco constitucional</i>	93
3.2. <i>Del comunismo ortodoxo al distanciamiento de la URSS ..</i>	96

3.3.	<i>Reformas y consolidación del régimen</i>	99
3.4.	<i>Política, economía y sociedad</i>	102
3.5.	<i>Los años de éxito y prosperidad</i>	107
3.6.	<i>El agotamiento del modelo titista</i>	109
4.	DECLIVE Y QUIEBRA DEL ESTADO YUGOSLAVO	117
4.1.	<i>La problemática herencia del titismo</i>	117
4.2.	<i>Crisis económica y aislamiento diplomático</i>	120
4.3.	<i>Crisis terminal del modelo descentralizador sin democracia</i>	123
4.4.	<i>El revisionismo histórico y nacional de Serbia</i>	127
4.5.	<i>El retorno del nacionalismo croata</i>	135
4.6.	<i>El despertar nacionalista de Eslovenia</i>	138
5.	EL CAOS DE LAS GUERRAS BALCÁNICAS DE ESLOVENIA, CROACIA Y BiH	143
5.1.	<i>La presión internacional en la fractura de Yugoslavia</i>	144
5.2.	<i>La “guerra de videojuego” en Eslovenia</i>	147
5.3.	<i>Independencia y escalada de hostilidades en Croacia</i>	153
5.4.	<i>Riesgos calculados y cierre en falso de la guerra de Croacia</i>	166
5.5.	<i>El perverso reparto y el descenso a la barbarie de BiH</i> ...	173
5.6.	<i>La guerra de BiH, vergüenza de Europa</i>	185
5.7.	<i>La errática diplomacia internacional de la CE, de Brioni a La Haya</i>	193
6.	PAZ DE BARRAS Y ESTRELLAS: DE DAYTON A KOSOVO	207
6.1.	<i>Estados Unidos se hace con el timón</i>	208
6.2.	<i>La segunda masacre del mercado de Sarajevo</i>	211
6.3.	<i>La operación Oluja, apocalipsis serbio en Krajina</i>	214
6.4.	<i>Srebrenica, herida abierta de Europa</i>	218
6.5.	<i>Los acuerdos de Dayton</i>	225
6.6.	<i>Kosovo, el principio y el fin de las crisis balcánicas</i>	230
6.7.	<i>Kosovo, inesperada fuente de oportunidades para Estados Unidos</i>	235
7.	LA DESIGUAL EVOLUCIÓN DE LOS NUEVOS PAÍSES POSYUGOSLAVOS	249
7.1.	<i>Bosnia y Herzegovina</i>	249
7.2.	<i>Croacia</i>	266

7.3. <i>Eslovenia</i>	281
7.4. <i>Macedonia</i>	287
7.5. <i>Montenegro</i>	298
7.6. <i>Serbia</i>	307
7.7. <i>Kosovo</i>	332
8. CONCLUSIONES	349
8.1. <i>La “hermandad y unidad” de Tito</i>	349
8.2. <i>El impacto de los conflictos bélicos</i>	350
8.3. <i>La instrumentalización del nacionalismo</i>	352
8.4. <i>El valor del “otro”</i>	354
8.5. <i>Las responsabilidades de las potencias extranjeras y del TPIY</i>	355
BIBLIOGRAFÍA	359
FUENTES AUDIOVISUALES	365

2

YUGOSLAVIA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

2.1. *Derrota y desmembración de Yugoslavia*

El ingreso de Yugoslavia en el Pacto Tripartito generó un enorme descontento en Serbia, donde se interpretó por muchos, sobre todo en el estamento militar, como una capitulación. Tan solo dos días después de su rúbrica, y mientras tenían lugar manifestaciones antigermanas por el país, el comandante en jefe de las fuerzas aéreas, Dušan Simović, lideró un rápido golpe de Estado para el que contó con los restos de la Mano Blanca. El golpe forzó el exilio del regente, así como la declaración del príncipe como mayor de edad y su proclamación como Petar II con tan solo 17 años. Mientras, una multitud celebraba el cambio de Gobierno en las calles de Belgrado y se generaba un ambiente de euforia popular que llevó a que, desde el extranjero, se entendiera como un golpe de Estado proaliado. Simović trató desesperadamente de calmar a un Hitler que había montado en cólera al conocer las noticias, asegurando al *führer* que mantendría sus compromisos, incluyendo el Pacto Tripartito, que, si bien se negó a ratificar, no llegó a rescindir. En el interior

del país, la situación del nuevo Gobierno no era menos precaria, pues el golpe fue recibido con frialdad en Liubliana y Zagreb, donde se interpretó como una decisión unilateral de Serbia de entrar en la guerra y una forma de congelar el Sporazum. De este modo, Simović se encontró con que la fidelidad de los croatas y eslovenos iba a ser más que dudosa en aquellas críticas circunstancias.

Finalmente, Hitler se negó a considerar los intentos de apaciguamiento yugoslavo y ordenó, en el mismo día del golpe, la invasión inmediata del país balcánico, a la que precedería un brutal bombardeo sobre Belgrado el 6 de abril de 1941. La ira del *führer* respondía a su necesidad de asegurar la retaguardia en el que iba a ser su gran golpe de mano en la guerra: la invasión de la URSS. El gigante soviético estaba desprevenido y confiado por el pacto de no agresión suscrito con el Reich en 1939. Ahora Hitler debía retrasar la ofensiva para asegurarse de que Yugoslavia no se convirtiera en cabeza de puente aliada y perder un valioso tiempo de primavera, pues era consciente de que el único modo de derrotar a la Unión Soviética era conseguirlo antes de la llegada del invierno. Curiosa e irónicamente, el día antes del bombardeo de Belgrado, Yugoslavia trató de protegerse proponiendo de nuevo a la URSS el acuerdo de amistad y no agresión planteado un año antes, pero Stalin decidió no reportarle ninguna ayuda, reafirmando en la cómoda decisión de dejar hacer a un Hitler ante el que se sentía ingenuamente seguro.

Las perspectivas yugoslavas de resistir una invasión del Eje no eran nada halagüeñas, pues a la formidable capacidad militar del enemigo se sumaban sus propios problemas internos. Cuando llegó la guerra, la población estaba desencantada. Serbia había sufrido la decepción de que la dictadura de su propio rey también hubiera marginado a los partidos serbios, y la que supuso el Sporazum, lo que había generado una creciente desafección al régimen. Por otra parte, se encontraba la previsible deslealtad de muchas de las tropas croatas y eslovenas, que condicionaba enormemente los planes defensivos. A lo anterior había que añadir la bisoñez de 400 000 de los 700 000 soldados reclutados a última hora. Un problema añadido era la estrategia por la que se acordó defender todo el perímetro fronterizo, que respondía más a motivos políticos para apaciguar las susceptibilidades eslovenas y croatas que a lo que recomendaba la racionalidad militar. Además, el plan defensivo yugoslavo no llegó a los comandantes desplegados sobre el terreno hasta el 31 de marzo, muy pocos días antes del ataque del Eje. Ello se debió a que el alto mando yugoslavo había tenido que desechar sus planes de defensa anteriores,

diseñados en 1938 y 1940, debido a los cambios geopolíticos habidos en la península, que habían dejado Yugoslavia casi completamente rodeada por sus enemigos, con la excepción de la frontera griega. En caso de invasión, el Estado Mayor yugoslavo planeaba defender las fronteras, atacar por Albania para enlazar con el ejército griego y, en el peor escenario, retirarse al país heleno para seguir combatiendo desde allí y reeditar, en parte, la maniobra de la Primera Guerra Mundial.

Por todos aquellos motivos, a pesar de haberse dedicado casi la mitad del presupuesto estatal al ejército, las fuerzas armadas estuvieron muy lejos de mostrar la determinación que las caracterizó en la Gran Guerra. Yugoslavia fue, efectivamente, invadida por todas sus fronteras, salvo por la de Grecia. El ejército real yugoslavo únicamente resistió once días, en los que los reclutas croatas y eslovenos desertaron o se negaron a combatir. El bombardeo de Belgrado se prolongó durante tres días; dejó unas 17 000 víctimas bajo los escombros, y causó devastadores incendios que solo se extinguieron una semana después, en gran parte gracias a las lluvias. Además, el ataque inutilizó buena parte de las comunicaciones entre el alto mando y las tropas en el frente.

El 10 de abril de 1941, la Ustaša proclamó el Nuevo Estado Croata Independiente (NDH), que incluía BiH y la región serbia de Sirmia. El 12 de abril los alemanes ocuparon Belgrado. Cinco días más tarde se rindieron los restos del ejército yugoslavo, y ese mismo día se firmó la capitulación. El joven Petar II y su Gobierno marcharon a un exilio que los llevaría a Atenas, Jerusalén y, finalmente, Londres. Yugoslavia quedó inmediatamente desmantelada según lo dispuesto por Hitler en sus órdenes de ataque al país balcánico del 27 de marzo de 1941. En un nuevo desplante a los italianos, el mandatario alemán no les había notificado sus planes de partición hasta abril. Una vez rendido el ejército real, Yugoslavia desaparecía como país, y su territorio fue repartido según los designios de Berlín para evitar que se convirtiera en un caballo de Troya de los Aliados, a la vez que contentaba a sus compañeros de armas. Alemania se anexionó el norte de Eslovenia y del Banato, por la negativa de Rumanía a que los húngaros se hiciesen con el control de la región, donde existía una minoría rumana. Los territorios eslovenos anexionados al Reich se unieron a las provincias austriacas y sufrieron una agresiva política de germanización y la deportación de miles de sus habitantes al NDH, a la Serbia bajo control

alemán o a la Europa ocupada como mano de obra. Al mismo tiempo, se enviaron colonos alemanes para que se asentaran en la región.

El resto de Serbia quedó bajo ocupación militar alemana, pero viéndose reducida prácticamente a sus fronteras anteriores a la primera guerra balcánica de 1912. Italia logró al fin su ansiada expansión por la orilla este del Adriático; ocupó parte de Dalmacia y controló el, en teoría, nuevo Estado independiente de Montenegro. También incorporó el sur de Eslovenia y el oeste de Macedonia, y añadió Kosovo a Albania, que ya había ocupado en abril de 1939. La parte de Eslovenia anexionada por Italia recibió un trato menos agresivo que la que se había incorporado a Alemania e incluso obtuvo cierta autonomía. La actitud italiana favoreció su inicial aceptación, sobre todo en Eslovenia meridional y Liubliana, tanto por la suerte que corrían sus compatriotas en la zona ocupada por Alemania como por su desencanto con los años de gobierno bajo la corona serbia. Sin embargo, la anexión italiana de Dalmacia fue recibida con un abierto rechazo. En cuanto a Kosovo, los musulmanes dieron en general la bienvenida a la administración italiana, pues les brindaba la oportunidad de ajustar cuentas con la población serbia, en parte compuesta por colonos del periodo de entreguerras a los que consideraban poco menos que intrusos. La mayoría de los albanokosovares celebraban no estar sometidos a un país con el que se había desarrollado una particular rivalidad regional, por razones fronterizas y por un sentimiento de agravio, al considerar que no habían sido parte legítima de Yugoslavia, sino víctimas de una invasión serbia.

Por otro lado, Hungría se anexionó la mayor parte de Vojvodina, región que le había pertenecido durante el Imperio austrohúngaro, que contaba con una destacada minoría húngara, y que había perdido en el humillante Tratado de Trianón de 1918. Budapest aplicó una brutal política de magia-rización en Vojvodina para tratar de asegurarse de que nunca más se cuestionase su pertenencia a Hungría.

Bulgaria era un caso peculiar, pues no realizó acción militar alguna durante toda la Segunda Guerra Mundial contra Yugoslavia, Grecia o la URSS, siendo además el único aliado de Alemania que nunca rompió sus relaciones diplomáticas con los soviéticos. Argumentando que Yugoslavia había dejado de existir, ocupó algunos territorios del sureste de Serbia y la Macedonia yugoslava, así como Tracia y la Macedonia griega, ante la impotencia yugoslava, la indignación de Grecia y la condena de Estados Unidos, que calificó

los hechos de invasión. Con la prudencia que la caracterizó durante toda la guerra, Bulgaria no incorporó formalmente estos territorios a su reino, a la espera de un tratado que confirmara su soberanía sobre ellos al final de la contienda. Durante la administración búlgara de estos territorios, se acogió a su población fundamentalmente como a compatriotas búlgaros que “volvían a casa”.

En el caso de Yugoslavia, sus particularidades hicieron que el choque de las diversas ideologías y proyectos políticos que pugnaban en la Europa de los años treinta desatara una auténtica tormenta perfecta, que no solo asoló el país hasta el punto de convertirlo en el que tuvo la mayor tasa de muertos por habitante –algo que ya había sucedido en la Gran Guerra–, sino que además dejó una herencia de odios, recelos, victimismos y enfrentamientos que llegan hasta nuestros días. Y es que a la pugna ideológica se unía el hecho de que, pese a las ilusiones iliristas, Yugoslavia era un Estado, pero no una nación, y sus diversas identidades entendieron la guerra como la gran ocasión histórica para estar unidas y ser libres e independientes, o para vivir divididas o sometidas. Además, todos eran muy conscientes en Yugoslavia de que la Segunda Guerra Mundial no era más que el marco en el que se libraba su auténtica lucha: la de todos los proyectos nacionales e ideológicos frustrados que se habían ido gestando en los treinta años anteriores y que temían una derrota definitiva que implicara no tener un Estado propio. A la larga, ello podía suponer desde vivir como minorías divididas y sometidas en los Estados de otras naciones hasta, a largo plazo, su asimilación y su extinción como pueblos diferenciados.

A continuación, describiremos los diversos proyectos que colisionaron en Yugoslavia durante la Segunda Guerra Mundial: el conservador, monárquico, nacionalista serbio y cristiano ortodoxo del Gobierno monárquico en el exilio y los *četnici*; el fascista, católico y nacionalista croata de los *ustaše*; el también fascista de los serbios de Nedić y Ljotić, y el socialista internacionalista de los partisanos de Tito. Además, en la Yugoslavia de 1941-44 se darían circunstancias tan extremas para sus naciones como el reparto y el intento de asimilación del pueblo esloveno entre Alemania e Italia, el despertar identitario de los bosnios musulmanes, la política de exterminio contra los serbios de Croacia, o un nuevo episodio de la pugna entre serbios y albaneses en Kosovo. Por último, llama la atención la ausencia de un sector democrático liberal, que podía haber sido encabezado por la burguesía croata y eslovena, y acompañado de

la intelectualidad y las clases medias de Belgrado. La exclusión que croatas y eslovenos sufrieron durante la monarquía de Aleksandar I, y sobre todo que el proyecto nacionalista serbio o croata les resultase absolutamente prioritario, impidió el desarrollo de un movimiento liberal democrático yugoslavista.

2.2. *El Gobierno monárquico en el exilio y los četnici de Mihailović*

A pesar de su desmembramiento efectivo, el país sobrevivió tanto como idea como a través de un Gobierno en el exilio que inmediatamente manifestó su intención de continuar combatiendo al Eje. El comandante Dragoljub Mihailović, más conocido como *Draža*, era un veterano militar de carrera que se había distinguido tanto en las guerras balcánicas como en la Primera Guerra Mundial. Tras la derrota yugoslava ante las fuerzas del Eje, planeó reunir a los destacamentos del ejército que se habían negado a rendirse, junto con las fuerzas de resistencia serbias en general, para formar un movimiento capaz de tomar el poder y restaurar la monarquía Karađorđević.

El término *četnik* proviene de *četa* –partida–, nombre por el que se conocía a los grupos guerrilleros de las luchas contra la dominación turca. Antes de la invasión alemana ya existía un grupo denominado *četnik*, que agrupaba las asociaciones de veteranos de guerra nacionalistas serbias organizadas por Puniša Račić (el asesino de Stjepan Radić) y luego dirigidas por Kosta Pećanac. Para diferenciarse de ellos, Mihailović y sus seguidores se identificaron como Movimiento Ravna Gora, nombre que tomaron del lugar en el que fundaron el grupo, situado en la montaña de Subovor, en el oeste de Serbia. Según proclamaron entonces, su objetivo era liberar el país de los invasores alemanes, italianos y *ustaše*. El Gobierno en el exilio y los Aliados celebraron la aparición de aquellas fuerzas de resistencia armada contra el Eje, y rápidamente las reconocieron como representantes oficiales en Yugoslavia del rey y su Gobierno, del que Mihailović fue nombrado ministro de Defensa.

Draža evitaba la confrontación directa con los ejércitos ocupantes, que consideraba prematura y peligrosa, y esperaba la ocasión propicia para actuar contra ellos. El líder *četnik* justificaba tal estrategia en su enorme inferioridad militar, en evitar las represalias alemanas contra la población civil que seguían a las acciones guerrilleras –los alemanes habían establecido el

fusilamiento de cien civiles por cada baja alemana—, y en la esperanza de que los aliados empezasen a ganar la guerra y ofrecieran condiciones más ventajosas para la lucha.

La irrupción de los combativos partisanos comunistas de Tito hizo que muchos *četnici*, deseosos de combatir al Eje, empezaran a abandonar a Mihailović desde septiembre de 1941. Ese mismo mes, Tito y Mihailović se entrevistaron para negociar una alianza contra el invasor, que, al fin y al cabo, era su enemigo común. Sin embargo, la disparidad de sus objetivos hizo imposible ningún tipo de compromiso. Lo mismo sucedería en su segunda conversación, el 27 de octubre, en la que se confirmarían sus contrapuestas ideologías, proyectos y estrategias, así como su mutua desconfianza. Draža tomó rápidamente conciencia del peligro que representaban los partisanos, que, como comunistas y yugoslavistas, rechazaban terminantemente la creación de una Gran Serbia, monárquica y de religión ortodoxa, que era la razón de ser *četnik*. A partir de entonces, Mihailović concentraría sus esfuerzos en destruir a los partisanos, que entendía que iban a ser sus enemigos más peligrosos a largo plazo en la Yugoslavia de posguerra. Para ello, no dudó en colaborar con los ataques del Eje a las fuerzas partisanas. Paradójicamente, aunque ayudaba al invasor a matar compatriotas yugoslavos, estaba convencido de que el futuro de Serbia pasaba precisamente por su aniquilación.

Deseoso de conservar un perfil bajo que mantuviera alejados a los alemanes, Mihailović pidió un apoyo discreto a los Aliados hasta que tuviese una posición más consolidada. Sin embargo, tanto el Gobierno en el exilio como la propaganda británica, ansiosos por destacar la presencia de movimientos de resistencia antinazi en la Europa ocupada, empezaron a exaltar sus, en verdad, discretísimos éxitos. La BBC se refería a él como el comandante del Ejército Patriótico Yugoslavo, que se convertiría en el nombre oficial de los *četnici*.

El Reino Unido envió entonces al frente yugoslavo al coronel S. W. Bailey, quien permanecería junto a Mihailović hasta el final de la contienda en calidad de enlace con Londres. El oficial británico, que esperaba ser testigo de acciones como sabotajes a los ferrocarriles para impedir el paso por Yugoslavia de los abastecimientos que llegaban al Afrika Korps de Rommel desde Europa central, comprobó con sorpresa no solo lo limitado de las iniciativas *četnici* contra los invasores, sino también que colaboraban discretamente con el Eje en sus operaciones contra los partisanos. Así, desde principios de 1943,

la BBC empezó a mostrarse cada vez más favorable a los partisanos, a quienes terminó refiriéndose como el único movimiento de resistencia yugoslavo, llegando a atribuirles algunas de las acciones llevadas a cabo por los *četnici*.

Mihailovic se sintió casi en un *revival* del Gólgota serbio de 1914, con su país ocupado por el enemigo y sin apoyo real de los Aliados. La guerra iba a terminar pronto y los fascistas acabarían siendo derrotados, pero el problema real de Draža estaba dentro, con los separatistas croatas, con unos musulmanes hostiles que se habían unido a ellos, con unos albaneses que se habían enseñoreado de Kosovo aprovechando la ocupación italiana, y, lo más grave, con la posibilidad real de perder Serbia, su rey, su religión y su Estado nacional, en una Yugoslavia comunista. El 28 de febrero de 1943, en presencia de Bailey, un desesperado Mihailović se dirigió a sus tropas en Lipovo lamentando que la “pérfida Albión” esperara cínicamente que los serbios lucharan hasta el último hombre sin facilitarles ayuda, que Serbia no tuviera amigos, que el rey Petar II y el Gobierno en el exilio fueran prácticamente prisioneros de los ingleses. Concluyó afirmando que sus enemigos eran los *ustaše*, los partisanos y los musulmanes, y que solo después de acabar con ellos se encargaría de los alemanes y los italianos.

Precisamente los italianos apoyaron decididamente a los *četnici*, esperando que estos acabaran con el movimiento partisano, que tantos problemas les generaba. Mantuvieron aquella postura aunque Alemania la desaprobaba hasta el punto de que Hitler escribió en persona una carta reprobatoria a Mussolini. Las noticias de aquella colaboración también llegaron al Reino Unido, que –gracias al equipo de Bletchley Park y Alan Turing– había logrado descifrar el código Enigma que usaban los mensajes alemanes. Fue la gota que colmó el vaso para que el gabinete de Churchill perdiera la confianza en los *četnici* desde mediados de 1943. Los británicos concluyeron que la colaboración de Mihailović con los italianos había ido demasiado lejos, y que los partisanos eran los únicos en quienes se podía confiar para dañar efectivamente a las fuerzas del Eje. Cuando Italia se retiró de la guerra, en septiembre de aquel año, las fuerzas de Mihailović, asentadas en Montenegro, tuvieron que huir ante el doble ataque alemán y partisano, y perdieron a manos de estos últimos su capital, Kolašin.

La tierra se le abrió bajo los pies a Mihailović. En julio de 1943, Ivan Šubasić había formado un nuevo Gobierno en el exilio, para el que prescindía por primera vez del líder *četnik* como ministro, aunque mantenía su posición como comandante en jefe del Ejército Patriótico de Yugoslavia.

Sin embargo, dos meses después, el rey emitió un comunicado por radio llamando a todos los serbios, croatas y eslovenos a unirse al Ejército Nacional de Liberación liderado por el mariscal Tito. El mensaje tuvo un efecto devastador en las filas *četnici*, que sufrieron una ola de deserciones.

Los ingleses abandonaron definitivamente a Mihailović en favor de los partisanos a finales de 1943, tras la Conferencia de Teherán. Hasta entonces, Petar II se había negado rotundamente a retirar todo el apoyo a Mihailović, puesto que, al igual que Draža, consideraba a Tito su principal rival en Yugoslavia. Empero, después de fuertes presiones británicas, y siguiendo los consejos de su Gobierno, abolió por decreto real tanto el Ejército Patriótico de Yugoslavia como su jefatura el 12 de septiembre de 1944, de modo que el rey dejó oficialmente todo el mando legítimo de la lucha contra Alemania en manos de Tito, mientras la figura de Mihailović quedaba totalmente en el aire. Enfrentándose a los alemanes, a las fuerzas partisanas que pretendían regresar a Serbia desde Bosnia y, más tarde, a unas unidades soviéticas que rechazaron tratar con él, el líder *četnik* tuvo que retirarse a Bosnia a finales de 1944.

En aquellos días, acompañado por unos pocos fieles y acosado por todos los flancos, Mihailović escribió un mensaje, casi un testamento, en el que reflejaba su amargura y remarcaba que, en diez ocasiones, estuvo a punto de perder la vida por no vivir en una dictadura, ya fuera fascista o comunista, solo para sufrir el abandono de las democracias. En los últimos compases de la guerra, Mihailović llegó a colaborar con unos no menos desesperados Nedić y Ljotić, cuyas ofertas de cooperación colaboracionista había rechazado tajantemente en 1941.

Dražo fue finalmente capturado en marzo de 1946 por los partisanos, juzgado sumarísimamente y condenado a muerte por alta traición y crímenes de guerra. La misma suerte que hubiera corrido Tito de haberse impuesto Mihailović.

2.3. La Serbia colaboracionista de Nedić

Hitler resolvió que había que dividir a la población serbia en varias zonas, pues la consideraba responsable del golpe de Estado del 27 de marzo de 1941 que precipitó el ataque alemán. Los serbios de BiH fueron incluidos en el NHD croata; los de Vojvodina occidental, en Hungría; los de Montenegro

y los del sur de Kosovo quedaron bajo la autoridad italiana, y el resto fue asignado al control alemán en el Estado títere que paradójicamente llamaron Vlada Narodnog Spasa (VNS), Gobierno de Salvación Nacional. El territorio serbio quedaba así sin Gobierno soberano, reducido a sus fronteras anteriores a 1912 y a unos 4,5 millones de habitantes. Los dirigentes del VNS fueron escogidos por su proximidad ideológica al fascismo, así como por su cerrada oposición al comunismo, a las democracias occidentales y a los partidos políticos, a los que responsabilizaban en gran medida de las divisiones entre los yugoslavos. El 30 de abril de 1941 se estableció el nuevo Gobierno, encabezado por Milan Acimović, quien había sido jefe de la policía de Belgrado y ministro de Interior en el Gabinete de Stojadinović. Aunque proclamó que el objetivo de su régimen proalemán era evitar nuevas víctimas serbias, su colaboración con el invasor le privó de respaldo popular.

La nueva administración no decidía nada relevante más allá del orden público y la represión, quedando toda la economía y la industria en manos germanas. Al retirarse la mayor parte de las tropas ocupantes, el plan de Alemania para el VNS era optimizar su producción al mínimo coste en presencia militar, por lo que recurrieron a unidades búlgaras, a voluntarios de la minoría alemana yugoslava y a diversos grupos colaboracionistas serbios, además de aplicar rígidos controles y medidas draconianas propias de un Estado de excepción.

Las atrocidades contra la población serbia, que empezaron a extenderse por el NDH croata, supusieron un inesperado problema para Acimović y los alemanes, pues, en tan solo cuatro meses, al menos 200 000 refugiados serbios habían buscado refugio en el pequeño VNS. Al enorme problema que suponía gestionar un territorio abarrotado de migrantes sin medios de subsistencia se unió el levantamiento de los comunistas partisanos que siguió a la invasión de la URSS el 22 de junio de 1941. Ante la incapacidad de las escasas fuerzas con que contaba Acimović para controlar la guerrilla partisana, Alemania, que no deseaba enviar más tropas a Serbia, disolvió su Gobierno y creó uno nuevo, bajo el liderazgo del antiguo ministro de Defensa, Milan Nedić, para que fuesen los propios serbios quienes sofocasen la insurrección. Nedić solo se hizo con el cargo tras ser presionado por los alemanes, tras lo cual declaró que había aceptado el nombramiento para moderar la dureza de la ocupación, limitar las víctimas serbias y mantener una estructura de gobierno nacional serbio, lo que no bastó para que gran parte de la población también lo viese como un

traidor. Nunca hubo un proyecto político de futuro, si bien Nedić, fascista muy crítico con el Gobierno en el exilio, se declaraba formalmente monárquico. El nuevo dirigente del VNS podía pensar en un escenario de posguerra en el que la victoria del Eje devolviera la independencia a Serbia, momento en el que podría negociar con ventaja el regreso del monarca para establecer un modelo similar al que mantenían Mussolini y Víctor Manuel III.

La pujante irrupción de las guerrillas comunistas obligó a los diversos grupos armados surgidos tras la ocupación a definir su postura a favor de los ocupantes y el VNS o a unirse a la resistencia. Así, Nedić pudo contar no solo con su Guardia Estatal Serbia, sino también con las milicias nacionalistas del Cuerpo de Voluntarios Serbios y los *četnici* “legalizados” de Kosta Pećanac.

La Guardia Estatal Serbia era el cuerpo paramilitar organizado por Nedić bajo acuerdo con los alemanes para realizar funciones de policía. Muchos de sus miembros colaboraban en secreto con Mihailović, lo que supuso no pocos problemas con el mando alemán. Se hicieron extremadamente impopulares por su brutalidad y por ser los encargados de vigilar y ejecutar a los prisioneros serbios, mientras los alemanes se responsabilizaban de los judíos y gitanos, todo ello en campos de concentración entre los que destacó el de Banjica, en las afueras de Belgrado. De las aproximadamente 120 000 personas que pasaron por los campos de concentración serbios, se calcula que unas 50 000 murieron y otras tantas fueron enviadas a los territorios del Eje como mano de obra.

El Cuerpo de Voluntarios Serbios había sido organizado por Dimitrije Ljotić, un antiguo pacifista de profundas convicciones religiosas y patrióticas serbias, así como de intachable vida privada. Ljotić había evolucionado hacia posturas políticas muy próximas al corporativismo fascista, que había defendido en los años treinta desde el Zvor, partido de escaso éxito electoral que fundó él mismo en 1934. También había sido una figura destacada del Partido Radical, en cuyas filas llegó a ministro de Justicia en 1931, si bien terminó abandonando a los radicales y acusándolos de corrupción. Ljotić consideraba que la participación de sus voluntarios en las campañas contra los partisanos paliaba la brutalidad de las represalias alemanas que seguían a las acciones de la resistencia, a la vez que debilitaba a un enemigo político interno. El Gobierno de Berlín veía con buenos ojos a los voluntarios, más ideologizados, eficaces y expeditivos que las tropas de Nedić contra los rebeldes y sus partidarios.

Por último, estaban los *četnici* de Kosta Pećanac. Este había sido *vojvoda* (líder) de la nacionalista Asociación Četnik de veteranos de guerra desde 1932, que transformó en una organización política radical, la cual llegó a contar con más de medio millón de miembros. Tras la derrota del ejército real yugoslavo en 1941, Pećanac organizó una milicia de 8 000 hombres. El *vojvoda* creía que el colaboracionismo era una solución más inteligente y segura que la resistencia armada, así que rechazó la oferta de Mihailović para combatir juntos y puso sus hombres al servicio de Nedić. Este último pronto descubrió su falta de compromiso y eficiencia, debido, sobre todo, a la infiltración de numerosos *četnici* de Mihailović, que se integraban en el grupo para disfrutar de impunidad ante los alemanes. Por ese motivo, los *četnici* de Pećanac serían disueltos en marzo de 1943. Tras ser temporalmente recluido por el Gobierno de Nedić, Pećanac terminaría siendo asesinado en junio de 1944 por enviados de Mihailović, su rival por el liderazgo *četnik*.

Cuando quedó claro que la derrota alemana era inevitable, Nedić fue suavizando sus críticas al Gobierno serbio en el exilio. Para entonces, su régimen era abrumadoramente impopular y estaba muy debilitado, hasta el punto de que la mayoría de los cuadros de la administración e incluso de los miembros de la Guardia Estatal Serbia respaldaban ya a Mihailović.

Una curiosa anécdota es que la Serbia de Nedić fue desde donde se popularizó la canción “Lili Marleen”, interpretada por Lale Andersen. La melodía estaba inspirada en un poema de amor escrito en 1915 por un soldado alemán en el frente ruso, y había sido adaptada por el compositor Norbert Schultze en 1937. La versión de Andersen se había grabado en 1939, con mediocres resultados comerciales, si bien hoy en día es un clásico popular intemporal, que hasta ha sido versionado en 48 idiomas, incluyendo interpretaciones en castellano, como la del grupo Olé Olé, de 1985. Su éxito se debió a que, a petición del general Erwin Rommel, a quien le gustaba mucho, “Lili Marleen” se incluyó todos los días en las emisiones de Radio Belgrado como cierre de su programación a las 21:57. Dada la gran potencia de la emisora, llegaba a varios países y llamaba cada vez más la atención, hasta convertirse en una de las preferidas de los soldados tanto alemanes como aliados. De hecho, los alemanes solían descubrir con sorpresa que los prisioneros aliados conocían y tarareaban el tema. Su éxito fue tal que, cuando el ministro de Propaganda alemán, Josef Goebbels, ordenó que se suprimiera por el contenido de la letra, las protestas de los soldados fueron

de tal magnitud que siguió emitiéndose en Radio Belgrado hasta el final de la guerra, a su hora de siempre.

2.4. *El Estado Independiente de Croacia*

El 10 de abril de 1941 se proclamó el Nezavisna Država Hrvatska (NDH), el nuevo Estado Independiente de Croacia. Más allá de la remota referencia que suponía el Reino de Croacia en la Edad Media (925-1091), los nacionalistas croatas tenían al fin su propio país, tras siglos de dominio austro-húngaro y después de la accidentada y decepcionante transición hacia la que habían supuesto para ellos los años de integración en Yugoslavia.

El hombre fuerte de la nueva Croacia fue Ante Pavelić, el líder ultranacionalista de la Ustaša, al que Mussolini había mantenido en Italia a la espera de poder utilizarlo en su beneficio. Pavelić estableció inmediatamente un orden totalitario que reproducía los regímenes de Italia y Alemania, que eran sus grandes referentes. Así, Pavelić fomentó el culto a la nación, al Estado y a su persona. Si Mussolini era el *duce*, Hitler el *führer* y Franco el caudillo, Pavelić se autoerigió *poglavnik* y se promocionó como el padre del renacimiento de Croacia, imponiendo una narrativa por la que la independencia se debía exclusivamente a su infinito patriotismo, su incansable trabajo y sus incontables sacrificios. Al igual que Mussolini y, sobre todo, que Hitler, Pavelić era reacio a convocar al Gabinete, y le gustaba decidir sus acciones personalmente, tras reunirse en privado con su camarilla de fieles de sus años en el exilio. Muestra del autoritarismo de la Ustaša fue que el NDH nunca se dotó de una Constitución, y que el Sabor –el Parlamento croata, que había sido insistentemente reclamado bajo los Gobiernos de Aleksandar I y del regente Pavle– se instituyó formalmente, pero se compuso en exclusiva por simpatizantes del régimen, escogidos a dedo, y tan solo aprobó una ley durante su corta existencia. De este modo, tras largos años de ostracismo, Pavelić se convirtió en una figura enormemente popular como forjador de la independencia, objetivo que los políticos democráticos habían sido incapaces de lograr. Por otra parte, la jerarquía eclesiástica local, con el arzobispo de Zagreb –Aloysius Stepinac– a la cabeza, apoyó entusiásticamente al *poglavnik*, quien, a su entender, había liberado a Croacia de una Yugoslavia opresora y mayoritariamente cristiana ortodoxa –confesión que definió como “la